

bajo diversas formas políticas y sucediéndose hace ya un siglo, han pegado los principios de la Revolución francesa.

Los burgueses son lo que los acontecimientos les obligan á ser, alternativamente monárquicos, republicanos benévolos, republicanos intransigentes y hasta socialistas; entendiéndose perfectamente para conservar bajo todos los regímenes políticos sus privilegios y monopolios.

Actualmente el nepotismo se exhibe vergonzosamente; la burocracia es una de las plagas de la República, aumentan las cargas, el presupuesto no se equilibra y una clase degenerada asiste impasible á esta regresión.

¿Podremos trabajar contra semejante situación? Sí y no. No, si creemos que el progreso sólo es dueño del tiempo, de las cosas y de los hombres; si nos dejamos adormecer por el parlamentarismo; si pensamos que el estado en que vivimos puede mejorarse con nuestros adversarios de origen. Sí, si al observar la marcha de la sociedad y viendo patente la concentración capitalista, reconocemos que se corre á un inevitable cataclismo.

No puede negarse que de tiempo en tiempo pueden arrancarse á nuestros enemigos algunas reformas parciales, pero contar con esas reformas para llegar á un todo es un error científico. El que espera que el progreso se realice sin ver que su esperanza se encuentra imposibilitada de realización por la organización actual de la sociedad es un cándido. El que pasa la vida sin hacer esfuerzo alguno para emanciparse comete una vileza.

Trabajadores, ¿no es humillante verse reducidos á pedir la jornada de ocho horas y discutir la ley policíaca de las sociedades obreras un siglo después de la Declaración de los derechos del hombre? ¿Es tan peligrosa la libertad sin trabas que no pueda concedérsela á la clase de los parias?

¿Cuántas luchas, cuantos sacrificios sufridos por la defensa de esta libertad, y cuántas infamias cometidas por los que, armados del Código, nos niegan hasta el derecho común!

¿Sería mejor nuestra situación si tuviésemos un consejo superior del trabajo cerca del ministerio? ¿Habéis olvidado ya que el poder legislativo ha oído muchas veces directamente nuestras reclamaciones sin querer tener cuenta de ellas?

Son utopistas ó indiferentes los que cuentan con los abogados para obtener su emancipación.

Trabajadores, separaos decididamente de los políticos, que os engañan. Habituaos á juzgar los hechos y los acontecimientos con juicio sereno y despreocupado.

La crisis se agravará progresivamente porque consumiréis cada vez menos. Tal vez pretenderán desembarazarse de nosotros haciéndonos matar en una guerra extranjera ó en una guerra civil con este fin provocada.

Eso no puede ser.

Es preciso arrancar á la clase directora todo cuanto nos es necesario para armarlos en la lucha por la existencia. Necesitamos instruirnos, estrechar nuestras filas y no contar más que con nosotros mismos.

¿Nos faltará confianza? Somos el número, el derecho, el porvenir de la humanidad; no nos mezclemos con las clases podridas que se disputan el poder.

Permanezcamos unidos; pensemos que el trabajo está llamado á triunfar del parasitismo y que una nueva sociedad se impone.

¿Puede hacerse pacíficamente esta transformación? como hombres sinceros respondemos sin vacilar: ¡No!

A la propiedad individual debe suceder la propiedad colectiva ó común; la socialización de los medios de producir reemplazará á la explotación del hombre, de la mujer y del niño.

Luchamos por una organización igualitaria, contra el egoísmo y el robo; queremos ser libres é iguales y nos declaramos resueltamente socialistas revolucionarios.

A vosotros, hermanos de trabajo, corresponde quedar con los que os engañan ó marchar decididamente al ejército de vanguardia gritando con nosotros: ¡Viva la Revolución Social!

El Congreso de los sindicatos obreros de Francia.

ADMINISTRACIÓN

Tienen satisfecha su suscripción hasta fin de año C. C. C., A. O., de Tarrasa; S. A., M. M., A. C., L. O., S. A., de Valladolid; J. F., B. P., J. V., J. V., de Sabadell; L. A., de Salamanca; R. C., de Carme; F. C., de Azañcollar; I. R., de Santacoluma de Queralt; E. C., Sanjuan las Font; J. Ll., las seis suscripciones de Santfeliu de Guixols; A. T., de Montevideo, recibidas 58'50 pesetas importe de las suscripciones; conforme con todo lo demás y escribiremos á la *Bandera*; ● T. T., de Sevilla, mandado lo que pedís y contestado. C. L., de Sevilla, el carácter de nuestra Revista, ajeno á las cuestiones de detalle de la organización, nos impide publicar la vuestra. F. R., de Palma de Mallorca, remitimos la colección.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Diciembre de 1886

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

Año I

N.º 12

EL CAMINO DEL PROGRESO

Es muy curiosa la manera que tienen los políticos de todos matices de combatir á los ácratas.

Primero dicen: «esos principios son imposibles; no puede prescindirse de la autoridad ni de la propiedad privada; porque la naturaleza humana necesita estas bases sociales, si se quiere que la humanidad progrese.»

Después: «no negamos que el perfecto estado social sea el de la anarquía; lo que dudamos es que el hombre llegue á ser tan perfecto que sea digno de un régimen social tan libre.»

Más tarde: «no nos cabe duda de que la acracia será la sociedad del porvenir, la más justa, la más razonable; lo que negamos es que un cambio social tan grande pueda verificarse de la noche á la mañana.»

Y, por fin: «los principios anarquistas son los más justos, los más sublimes; pero siguen sus partidarios una conducta muy contraproducente; porque, prescindiendo del medio en que viven, se afanan por la conquista de sus ideales, importándoles poco las reformas político-sociales del presente, como si la sociedad pudiera admitir un cambio tan brusco como el del actual orden de cosas á la sociedad que anhelan. Lo que consiguen con esto es favorecer los elementos reaccionarios y precipitarnos al despotismo y al caos social.»

Todo esto está muy puesto en razón: pues al fin y al cabo siguen nuestros ideales el curso natural de todas las ideas: en un principio, absurdo; después, duda; luego, posibilidad; más tarde, verdad; y por último, convencimiento general y triunfo inmediato. Si las aspiraciones que nos alientan estuviesen excluidas de esta regla general, significarían una aberración; y, afortunadamente, llevan recorrida la más escabrosa parte del camino, mereciendo nuestras ideas hasta el respeto de nuestros mismos adversarios.

No hemos ya de batallar tanto por los principios como por los procedimientos, los cuales se hallan, y así debe ser, en perfecta concordancia con aquéllos. Y no saldríamos en defensa de nuestra conducta, que cada cual tiene el derecho de apreciar como mejor le cuadre, sino fuera porque á veces se les antoja á los señores políticos combatirnos con armas que parecen de buena ley, no siendo más que hojalata, pero con los cuales consiguen el objeto de deslumbrar á ciertas gentes.

Ahora la han dado estos señores en confeccionar el *mapa de las vías que ha de seguir el progreso*, amenazando con que el que se aparte de ellas es hombre al agua. Hé aquí cómo explican su descubrimiento: «La

humanidad no procede por saltos, va despacito y paso á paso; la sociedad no admite cambios bruscos, se modifica paulatinamente; en los actuales tiempos las instituciones monárquicas pasan su último periodo de vida, después vienen las repúblicas moderadas unitarias, después las descentralizadoras, á continuación las federales, siguen á éstas las pactistas, autonómicas, etc., y por último, la anarquía. En consecuencia, lo lógico es que las fracciones ó partidos avanzados vayan aprestando sus fuerzas á favor de las que estén más próximas al gobierno, y empujen así sucesivamente hasta nosotros, á cuya obra entonces nos ayudarán *todos*, cuando *todos* hayan pasado el Rubicón. Esto lo prueba la historia y la naturaleza misma del hombre. Así es como procede el progreso, y hacer otra cosa es... el caos.»

¿Verdad que son sabios los políticos?...

Pero nosotros, que de la actual sociedad no podemos aceptar ni las *Guías del Progreso* que nos regalan, objetamos: que esos moldes del progreso son tan estrechos como arbitrarios.

Si seguimos la historia con el raciocinio de nuestros políticos, las repúblicas de Grecia y Roma debieran haber conseguido de mucho tiempo la Emancipación Social; con la Reforma debiera haberse llegado al pleno comunismo; y con la Revolución Francesa verificarse verdadera liquidación social. Suiza, los Estados Unidos y Andorra debieran estar ya en plena acracia. Inglaterra debiera ser república federal; Alemania, comunista; Rusia, colectivista; España, idem. Polonia, Hungría, Irlanda y Marino, serían pueblos eminentemente libres. España, que tenía varias comarcas gobernadas por monarquías democráticas, con sus fueros, libertades y otras yerbas, debía seguir progresando hasta... Felipe II y Felipe V y Fernando VII. Suiza, con sus seiscientos años de patriarcal y heroica república, tiempo suficiente para hacer á un pueblo libre y feliz, debía pasar hasta la extrema miseria que arroja sus ciudadanos del país para vivir sirviendo sumisos en países monárquicos, acabando por ser la esclava de las grandes potencias. Los Estados Unidos, hartos de independencia, grandiosidad, federación y autonomía, debieran haber acabado ya las reformas políticas para entrar en las estrictamente sociales, y... hoy se revuelcan airados y hambrientos de justicia, y lo que es peor, de pan, miles de obreros á quienes tanta libertad les ahoga! Alemania avanza en enseñanza como en servidumbre. Francia sustituye sus reyes con nombres republicanos. Italia mata regionalismos y repúblicas para crear con entusiasmo monarquías hereditarias y despóticas. Austria acepta el régimen federal para oprimir á pueblos independientes. En una palabra, el camino del progreso de que nos hablan los políticos no le vemos confirmado por la historia.

Si la humanidad no salta, y sólo camina paso á paso, suavemente y sin admitir brusquedades, tendremos que borrar de la historia muchas páginas. Roma con sus esclavos y libertos, sus Espartacos y sus Gracos, sus cónsules y emperadores, su cambio de frente del paganismo al cristianismo, etc., no debe mentarse. Los sectarios de Lutero despre-

ciando el inmenso poder de los papas, trastornándolo todo, deben desaparecer. Francia con su revolución formidable, se ha de borrar. De la historia de Europa y América y de toda la tierra deben rasgarse las páginas en que se describe cómo bajan familias, se anulan clases, y suben otras, y se roban bienes y se recobran, despojándose constantemente unas á otras; deben borrarse las mil y una revoluciones de todas las épocas, pues suponemos que no se habrán hecho paso á paso y sin brusquedades en sentido siempre progresivo.

Preguntad á los aristócratas y á los clérigos franceses, despojados de sus bienes en provecho de la burguesía, si la reforma se hizo lenta y paulatinamente, si no se procedió por medio de un salto que cambió bruscamente el modo de ser de la propiedad; preguntadle al clero español, cuyas propiedades pasaron por medio de la desamortización á manos de las clases llamadas hoy conservadoras, si este traspaso forzoso de su propiedad se hizo suavemente, sin herir susceptibilidades y sin cambiar repentinamente el modo de ser de la propiedad en España antes de 1835.

Cuando Alfonso XI conquistó á Sevilla y despojó á los moros de sus propiedades particulares para repartirlas entre los caudillos de su ejército, no consultó poco ni mucho á los primeros ni se anduvo con ninguna clase de miramientos.

Diréis que aquellos tiempos eran bárbaros y que aquellos despojos no obedecían á otra ley que á la fuerza; es verdad, pero los de hoy tampoco obedecen más que á la fuerza de la ley, y ésta la hacen siempre en beneficio propio los legisladores, sin preocuparse poco ni mucho de lastimar intereses, ni de si proceden ó no por saltos que puedan ó no perjudicar á otras clases distintas de las de por ellos representada.

Mas pasemos de este orden material al moral, y observaremos la *lógica contundente* de nuestros sabios políticos.

Hablad con cualquiera de ellos; no hay uno que no alabe la forma de gobierno que sigue á la que él defiende, pero... el pueblo no está bastante preparado para disfrutarla, os dirá, hay que disponerle poco á poco para ella; dársela ahora de pronto sería desacreditar la idea y retardar su definitivo triunfo.

Así es que los monárquicos se creen predestinados á preparar al país para el advenimiento de la república; los republicanos sedicentes gubernamentales no comprenden la federación sin que ellos hayan pasado por el poder á fin de disponer á los pueblos para ella, mediante una prudente descentralización administrativa; los federales, á su vez, no se explican que los socialistas no les pidan á ellos la preparación de las reformas de las actuales bases de la sociedad.

Partiendo de este punto de vista, los monárquicos piden apoyo á los posibilistas; éstos solicitan que los federales se pasen á su campo, y los federales no cesan de mendigar el auxilio de las masas socialistas. Pues así, y sólo así, es como ellos creen que puede la humanidad seguir majestuosamente su marcha por el camino del progreso. Y no ven, ó no

quieren ver, que, de seguirse su consejo, no se conseguiría otra cosa que estacionarse para siempre más en cualquiera de los puntos de este camino; porque ¿cómo ha de caer la monarquía, por ejemplo, si sus naturales enemigos los republicanos la apoyan en vez de combatirla?

Como veis, la *carta de progresar* de nuestros hombres políticos no puede ser más falsa.

A pesar de que tanto sabio se ha desvivido por mostrarnos la ley del progreso, no podemos determinar su camino. Sabemos que se ha progresado, que se progresa y que se progresará. ¿Cómo? Esto es lo que no podemos decir.

Estamos hoy en vísperas de una conflagración europea; se preveen grandes guerras, y grandes revoluciones; ¿cómo se resolverá las crisis? No lo sabemos.

¿Qué nos reserva la ciencia, con sus constantes adelantos, para el porvenir? La maquinaria por sí sola puede precipitar á los pueblos de tal suerte que en un momento se derrumbe todo lo existente.

Y nosotros, que caminamos guiados por necesidades y por principios estrictos de justicia, sabemos que se empuja el progreso de muchas maneras, y no hemos de confundirnos con partidos que son impotentes para remediar nuestra suerte; que son nuestros enemigos. Y pues tenemos senda segura que ha de conducirnos al triunfo de nuestros ideales por nuestras propias fuerzas, mentecatos seríamos si forjásemos voluntariamente nuestras cadenas.

Estamos emancipados ya de las farsas religiosas y de los sofismas políticos. La única valla que nos resta ya para emanciparnos del todo, es la opresión económica. Ninguna falta nos hace, pues, entrar para nada en el *camino del progreso* que los políticos nos señalan.—P.

UNA RECTIFICACIÓN

LA clase obrera tiene generalmente fama de ser refractaria á los progresos industriales, y los que de tal la acusan se fundan en la repulsión con que aquélla ve las innovaciones que en la mecánica aplicada á la industria y á la agricultura se vienen diariamente haciendo.

Considerado el hecho á simple vista, cualquiera daría la razón á los detractores del obrero; mas si profundizamos la cuestión veremos que están aquéllos en un error.

Tal como hoy se encuentra constituída la sociedad, en poder de unos cuantos privilegiados las máquinas y los instrumentos de trabajo, cada nuevo perfeccionamiento introducido en ellos arroja á la calle, y sume por consiguiente en la miseria, á gran número de obreros.

Tomemos cualquier ramo de la industria; por ejemplo, el de la fabricación de calzado para mujeres. Las innovaciones introducidas en este oficio, las nuevas máquinas aplicadas á él, hacen que cien obreros zapateros puedan hacer hoy el mismo trabajo que antes requería el empleo de quinientos. Como las necesidades del consumo no han aumentado, queda forzosamente sin trabajo un ochenta por ciento del número de

obreros empleados antes en zapatería. Natural es que éstos, al encontrarse sin trabajo, renieguen de la invención que les ha sumido en la miseria.

Y lo que decimos del ramo de zapatería puede aplicarse á todos los de la industria.

El empleo del vapor en la fabricación de tejidos de algodón suprimió un noventa por ciento de los obreros que antes se necesitaban para una cantidad dada de trabajo. De aquí la inquina con que los tejedores á la mano miraban á las fábricas de vapor, y hasta los conatos de incendio que contra las mismas hubo en un principio.

Nuestros filántropos, los periodistas burgueses en general, cada vez que se presenta una de esas crisis industriales que dejan sin ocupación á gran número de brazos, piden á gritos un remedio que al parecer tienen estereotipado: el de la apertura de obras públicas, así municipales como provinciales y nacionales, en que encuentren empleo los brazos que no puede ocupar la industria.

Mas los que tal piden no consideran que el obrero industrial es de todo punto incapaz de manejar un barreno, un pico, un azadón ó una pala, y que las más de las veces no sirve ni aún para llevar una carretilla de tierra, trabajo que no obstante puede hacer un muchacho que esté acostumbrado á él.

En las diferentes crisis por que ha pasado la industria en España de treinta años á esta parte, nunca hemos visto que las obras públicas fueran un remedio para aquéllas: para lo único que han servido ha sido para dar ocupación á los trabajadores agrícolas, gente de suyo avezada á las fatigas del campo, contribuyendo en gran manera al alza de sus jornales, alza que á su vez ha contribuído á elevar el coste de los productos alimenticios, de tal modo, que el precio de la alimentación ha duplicado en las grandes ciudades en estos últimos veinte años.

De manera que lo que ha sido un bien para los unos ha sido un perjuicio para los otros, gracias á la falta de solidaridad que en nuestra actual organización existe entre los trabajadores de los diferentes ramos de la producción.

Las obras públicas municipales que se han inaugurado siempre á raíz de esos trastornos políticos á que en España damos el nombre de revoluciones (!), nunca han curado ningún mal: sólo han servido para aumentar la deuda de los municipios haciendo que éstos invirtieran en ellas cantidades diez veces mayores que las necesarias, gracias al empleo de numerosas brigadas de personas no acostumbradas al rudo trabajo del bracero, personas que apenas transportan al día una docena de espuestas medio vacías de tierra á veinte metros de distancia.

El día en que las máquinas y las herramientas, en vez de ser propiedad de un centenar de explotadores, sean usufructuadas, como es justo, por las colectividades obreras que se sirven de ellas, las cosas pasarán de muy distinto modo. Los perfeccionamientos introducidos en ellas, lejos de ser un mal, como hoy, para dichas colectividades, serían un bien para

las mismas. Así como hoy cada uno de estos perfeccionamientos suma por más ó menos tiempo á cierto número de obreros en la miseria, contribuiría á mejorar su condición, permitiéndoles disminuir las horas de trabajo, puesto que podrían producir igual cantidad de éste en menos tiempo.

Hay actualmente en Francia una huelga, la de Vierzon, producida precisamente por este perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo. La fabricación de la maquinaria agrícola que en aquella localidad ocupaba en 1879 ochocientos obreros para producir por valor de un millón produce hoy por valor de dos millones con sólo doscientos ochenta obreros.

A fin de conseguir, dada la actual organización de la propiedad, que continúe ocupado el mayor número posible de brazos, los obreros no tienen hoy otro medio que pedir la disminución de las horas de trabajo á medida que las máquinas se vayan perfeccionando, del mismo modo que nuestros industriales pedían el aumento de derechos arancelarios á medida que la fabricación extranjera podía ir dando sus géneros con más baratura que la nuestra.

Una vez que las colectividades obreras hayan tomado en usufructo sus respectivos instrumentos de producción, ellas serán las primeras en tratar de perfeccionarlos á fin de poder satisfacer con menos horas de trabajo á todas las necesidades del consumo. Entonces podrán convencerse sus detractores de hoy, de que lejos de ser enemigos del progreso industrial, son los trabajadores ardientes partidarios de este progreso.—G.

NECESIDAD DE REFORMAR LA HISTORIA

Los importantísimos descubrimientos arqueológicos que en lo que va de siglo se vienen haciendo en Africa y Asia, en los que un día fueron dos de los más grandes imperios de que se tiene noticia, en Egipto y Asiria, han hecho retroceder de tal modo los límites de la Historia y han arrojado tal luz sobre aquellos remotísimos tiempos de la Humanidad, que de nada, absolutamente de nada nos sirven los libros de texto que, á pesar de los grandes progresos realizados en este ramo de los conocimientos humanos, siguen estudiándose en nuestras escuelas y universidades.

Tanto es así que el mismo César Cantú, tradicionalista por excelencia, no pudo menos de reconocerlo en una conferencia dada por él en Milán, cuatro años atrás, y publicada después con el título de *Nuova Esigenza di una Storia Universale*, publicando en su consecuencia la décima edición de su famosa *Historia Universal*, que aun no está completamente terminada.

El pueblo hebreo, que aun hoy mismo pasa entre nosotros por haber sido el fiel guardián del arca santa de la civilización y el progreso entre los pueblos de la Antigüedad, á la luz de los modernos descubrimientos pierde toda la importancia de que se le quiso revestir. Los pueblos semíticos que ocupaban los insignificantes territorios de Siria, Palestina y

Fenicia, en el Asia occidental, vivieron sucesivamente subyugados á los grandes imperios de Egipto, Babilonia, Persia, Macedonia y Roma, siendo alternativamente esclavos ó tributarios de cada uno de ellos. Lejos de influir en la civilización de las grandes naciones que les rodeaban y que de continuo se disputaban su posesión, fueron ellos, por el contrario, los que adoptaron una gran parte de las creencias y costumbres de aquellas naciones, y más particularmente de Asiria, confesando el mismo Talmud, ese libro sagrado del pueblo hebreo, que habían tomado de Babilonia los ángeles, los nombres de los meses del año y una porción de cosas más.

La historia positiva de Egipto, revelada por sus grandiosos monumentos de granito que durante tantos siglos habían permanecido mudos, se remonta á cinco mil años antes de nuestra era. Y lo más asombroso es que su civilización se nos presenta ya tan avanzada en aquella remotísima época, que se supone que aquel pueblo necesitó cuando menos cincuenta siglos para llegar á tan alto grado de progreso. ¡Cuán lejos estamos de los cinco mil ochocientos y pico de años que el Padre Petavio asigna á la época de la creación del mundo! Y sin embargo nuestros calendarios, y, lo que es aún peor, nuestros historiadores, siguen todavía la tradición de este Padre, sin tener para nada en cuenta los progresos realizados por la Historia.

En Asiria se conocen monumentos que se remontan cuando menos á 2,200 años antes de nuestra era, y en ellos se nos presenta, como dice muy oportunamente el sábio Director del Museo Británico, mister Samuel Birch, no como criatura en mantillas y sin inteligencia, sino como un sér adulto y razonable que refiere al siglo XIX la historia de su civilización desde su cuna. Lo cual nos obliga á suponer que el origen de esta civilización se remonta á una época muy anterior á la que por sus monumentos nos ha sido revelada.

El pueblo griego, que hasta ahora se nos presentaba como el iniciador de la civilización europea, tomó la suya del imperio de los Faraones, en una época relativamente reciente. Y los descubrimientos arqueológicos hechos en Etruria, en un todo de acuerdo con los realizados en Egipto, prueban de un modo evidente que la civilización etrusca es muy anterior á la griega, puesto que en los monumentos de Karnák, de 1,500 años antes de nuestra era, figuran ya sus guerreros cubiertos de magníficas armaduras.

Hasta hace poco se admitía como artículo de fe que los fenicios habían sido los primeros colonizadores de España. Hoy se ha probado hasta la evidencia que, en la época en que se supone que aquéllos vinieron á nuestra península, Fenicia no era más que un pueblo de pescadores, falto de las naves necesarias para emprender largas navegaciones y supeditado á los reyes de Asiria que le trasladaban de un punto á otro de su vasto imperio. Faltos de independencia y de medios, mal podían los fenicios emprender las importantes colonizaciones que se les atribuyen.

En cambio se ha demostrado la identidad de los pocos monumentos

llamados fenicios que en nuestro suelo quedan, con los etruscos. La consecuencia lógica de todo esto es que si España é Italia no estaban en aquella época, 1,500 años antes de nuestra era, habitadas por un solo pueblo, el etrusco, Etruria tenía cuando menos colonias en nuestras islas Baleares y en las costas orientales de nuestra península. El origen de nuestra civilización podrá, pues, ser etrusco, nunca fenicio.

Los monumentos llamados celtas entre nosotros, los menhirs, dolmens y cromlechs, atribuídos hasta hace poco á los primitivos habitantes de España, que tampoco eran tales celtas, hoy son considerados como obra de uno de los pueblos del Norte que invadieron el Mediodía de Europa en el siglo IV de nuestra era. Que son posteriores á ésta lo prueban las armas y monedas que debajo de aquellos monumentos megalíticos se han encontrado.

La edad de piedra, considerada como la primitiva de la Humanidad, no es tal edad. Las armas de piedra han sido empleadas por unos pueblos cuando otros las usaban ya de bronce ó de hierro; otros las han empleado simultáneamente con las de metal, y aun hoy día están en pleno uso entre algunos pueblos salvajes. El empleo de estas armas no señala, pues, un periodo de la historia de la Humanidad, sino el estado de progreso relativo de cada uno de los pueblos que han formado y forman parte de ella.

Si de la historia antigua pasamos á la moderna, nos encontramos con que Agustín Thierry se lamentaba ya en su prólogo á las *Lettres sur l'Histoire de France*, del cúmulo de falsedades de que esta historia estaba llena, quejándose amargamente de que hubiesen pasado á la categoría de axiomas los dos grandes errores de considerar á Clodoveo como fundador de la monarquía francesa y á Luis el Gordo como emancipador de las municipalidades.

¿Pues qué diremos de España, cuya historia de la Reconquista está plagada de hechos tan maravillosos y absurdos que no resisten los más ligeros embates de una sana crítica?

Nuestros archivos, antes patrimonio de la casa real y hoy abiertos al público, facilitan cada día al hombre estudioso nuevas pruebas de la falsedad de hechos que en nuestras historias se tienen como artículos de fe.

No pasa año sin que la crítica saque á luz nuevos documentos que nos presenten á los grandes hombres que han influído en la marcha de la Humanidad, ó que han figurado en primera línea en sus acontecimientos, bajo un prisma completamente distinto de aquel por que estábamos acostumbrados á verlos.

¿Habrà quien en vista de todo esto no sienta la necesidad de reformar completamente la Historia, así la general de la Humanidad como la particular de cada nación?

Nosotros creemos que esta necesidad es tan evidente que no necesita demostración. Las ciencias históricas son precisamente uno de los ramos del saber humano que más han progresado en este siglo, y es de todo punto indispensable vulgarizar sus progresos, abandonando de una vez

para siempre los anticuados textos plagados de falsedades que hasta hoy nos han enseñado como historia verdadera.

Hay más: en otro tiempo los reyes lo eran todo; ellos eclipsaban con su nombre todos los hechos de sus respectivos reinados y la Historia no era más que una especie de genealogía de determinadas familias. Hoy los pueblos han adquirido tal importancia, es tal el papel que en las sociedades modernas representan, que no puede seguirseles negando el lugar que de derecho les corresponde en la Historia. Esta debe seguir á la Humanidad en sus diferentes etapas al través de los tiempos, estudiándola en sus costumbres, en su modo de ser, en sus aspiraciones y desalientos, en sus revoluciones y retrocesos; debe acompañarla en todas sus vicisitudes y describirnos una por una las sucesivas conquistas que la han traído al grado de superioridad relativa que hoy disfruta.

Mientras no se haga así, podremos tener crónicas más ó menos áridas, más ó menos verdaderas, pero no tendremos Historia. — G.

PACTO Y LEY

La primera vez que los hombres sintieron la necesidad de obrar de mancomún, ya para la defensa, ya para la producción, ya para el cambio, PACTARON, y al nombrar un jefe ó un director, no entendieron seguramente crear una autoridad, sino una delegación. Si el *delegado* se creyó *señor, rey, emperador*, fué debido á que el individuo tiende á abusar cuando las circunstancias le favorecen, y á que los contratantes no supieron garantizar las bases del pacto.

Este principio es tan universal y tan natural, que en todas las épocas, lo mismo que en la actualidad, cuando los hombres quieren reunir para cualquier objeto la parte de actividad que les deja libre la autoridad dominante, *pactan* también.

Cuando un delegado por las libres partes pactantes, abusa del poder que se le confiere y se erige en señor de los que le encumbraron, LEGISLA, primero en su propia defensa, y después, cuando la duración del abuso del poder hace olvidar su origen y llega á alcanzar el carácter de institución permanente, con el fin de normalizar la vida del *señorío, reino ó imperio*.

Esté abuso repítese con harta frecuencia, y todos los días vemos sociedades, cuyas juntas directivas ó sus presidentes, para perpetuarse en el poder ó para otros fines, *legislan* también.

El PACTO representa la libertad, y también la parte que de la misma libertad abdicar los individuos en bien del objeto común.

La LEY representa la voluntad de un usurpador y también la sumisión de individuos que dejaron de ser libres.

El PACTO es la libertad, la dignidad, la responsabilidad.

La LEY es la imposición, la indignidad, la servidumbre.

No necesita el pacto de sanción exterior, bástale con que las partes contribuyan equitativamente á su objeto, y perciban en justa proporción sus beneficios, y si la ley se entromete á garantizarle, es para realizar una

doble injusticia; la exacción de un tributo y la sumisión de una parte á un contrato leonino.

Necesita la ley una sanción exterior, porque careciendo el legislador de fundamento racional, no sería obedecido si no ostentase un título con que seducir á los sometidos. En tiempos de poder personal, dicese el autócrata legislador de derecho divino; cuando á los poderes personales suceden clases privilegiadas, invócase la representación nacional.

Derecho divino: ficción del presente para oponerse á la libertad

Representación nacional: ficción del presente para oponerse á la libertad.

Ambas ficciones son los fundamentos de la ley, opuesta al pacto, y señalan los límites de esa falsa ciencia del gobierno que se llama política, que se origina en el desconocimiento de la libertad, se desarrolla y vive legislando, es decir, tiranizando, y morirá cuando renazca la libertad y su principal manifestación: el derecho del libre pacto.

Concibe fácilmente la razón que la sociedad pueda basarse en el libre pacto, porque este sirve para satisfacer todas las necesidades individuales y sociales, y en su fiel cumplimiento hállanse interesados por igual los individuos y las colectividades.

No concibe la razón que la ley sirva de base á la sociedad, porque en lo que tiene de orgánico significa estacionamiento, en oposición al movimiento, ley de la vida, y en lo que tiene de moral prejuzga los actos sin poder desentrañar la verdadera responsabilidad.

Vive el pacto por el interés de las partes contratantes que disfrutan de sus ventajas, y tienen la seguridad de poder rescindirle cuando á sus intereses no convenga.

Vive la ley por el privilegio y la fuerza pública.

El progreso en su día establecerá la fuerza de la razón sobre la razón de la fuerza.—L.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

I

AFIANZAR el movimiento obrero sobre bases verdaderamente científicas, es el último objeto de nuestras aspiraciones, y los medios por los cuales podemos llegar á este *desideratum* deben ocupar preferentemente nuestro pensamiento: á la vez que enunciarnos aquellos principios que tenemos por verdaderos, combinamos así nuestros esfuerzos.

Por esto mismo nos proponemos alcanzar tal propósito, probando el interés que nos inspira por el progreso y el triunfo definitivo de los principios mismos á cuya elaboración nos consagramos, perfeccionándolos y enseñándolos.

Se admite generalmente que la causa principal del crimen es la miseria, y aunque el crimen puede originarse en otras muchas causas, sin embargo, el aumento tremendo de la criminalidad tiene por causas la indigencia y la pobreza. Por esto puede decirse que la pobreza es el problema que se agita en el fondo de la cuestión social y que el objeto de ésta es la abolición de aquélla. Y

si, pues, el crimen proviene de la pobreza y el crimen es el pecado, la abolición de la pobreza significa la supresión del pecado. Siendo esto así, es evidente que el objeto, el propósito del movimiento obrero, y aún este mismo, es verdaderamente religioso y dispierta nuestras más elevadas facultades, nuestros sentimientos más nobles, todo aquello que en nosotros mismos hay de bueno, de bello y de santo.

Todos convenimos en que tal es el fin de la cuestión social. Sobre este extremo estamos perfectamente unidos. Hay diferentes caminos para llegar al fin. Por esta misma razón, sin duda, no podemos estar conformes respecto al modo de conseguirlo. Podemos convenir y convenimos, en efecto, en el propósito, en las aspiraciones, pero en cuanto á los medios para conseguirlo diferimos, y diferimos sin que esto tenga nada de extraño.

Si nuestro propósito es digno y noble—y seguramente intentar la abolición del crimen lo es—entonces el hecho de que nuestras inteligencias conspiran con tal objeto, no es sólo un deber, sino también una obra de amor. Necesariamente el tiempo nos dará unidad de ideas respecto á los medios. Pero nosotros podemos abreviar este período ó interinidad por medio de un esfuerzo intelectual bien concertado, proponiéndonos descubrir los elementos necesarios, tan pronto como sea posible, porque cuanto más pronto los descubramos mayor será el número de sufrimientos que evitemos á la familia humana; y por esto mismo, antes de ponerse á investigar y descubrir esos elementos, esos medios, es necesario conocer perfectamente el fin que deseamos.

Cuando menos, antes de dar publicidad á los medios que nos proponemos emplear para á la realización de nuestro objeto, sería conveniente que discutiéramos entre nosotros mismos y en nuestras reuniones algunos de los principios que nos parecen axiomáticos, y si hubiere alguno de nuestros compañeros que no pudiese aceptarlos como axiomas, necesario sería entonces que aquellos que los aceptan, los expusieran clara y terminantemente, á fin de conseguir que no surgiera la menor divergencia entre los miembros de esta gran idea á cuya defensa deben estar siempre apercebidos todos los ciudadanos en frente de los ataques del mundo incrédulo.

Podemos, pues, desde este momento, afirmar como axiomas: 1.º Que el trabajo es el origen de toda la riqueza.—2.º Toda la riqueza pertenece á los que la producen.—3.º Que la capacidad, productora de la sociedad es superior á su capacidad consumidora.

Yo no intento siquiera asegurar que los tres axiomas anteriores constituyan todo el fundamento en que se apoya la estructura del problema social. Hay, por el contrario, muchos otros, pero sí diré, si me lo permitís, que los ya citados son los principales, la piedra angular del edificio.

Ya sé yo que respecto al carácter de la cuestión que nos ocupa, nuestra primera proposición, según los economistas, es incorrecta é insostenible; pero porque esos caballeros hayan dividido la riqueza en natural,—los productos de la Naturaleza,—y creada,—producto del trabajo,—no se sigue de esto que nosotros estemos equivocados en el presente, ya que se les ha concedido que ellos tenían razón en el pasado. Porque los economistas hayan separado siempre la palabra *riqueza* de la idea de utilidad, no se deduce tampoco que estemos obligados á admitir que puede haber riqueza en aquello en que el elemento de utilidad esté ausente. El trabajo presta utilidad á la riqueza natural; sin el trabajo no hay utilidad en cosa alguna y por esta razón es inútil. Si, por ejemplo, hay carbón en las entrañas de la tierra, á ese carbón no puede llamársele riqueza hasta que el trabajo lo extraiga de las minas, esto es, hasta que lo haga útil. Y

si los economistas sostienen que el carbón es riqueza natural al descubrirlo en determinadas minas, no sostendrán en manera alguna que el carbón no descubierto es riqueza natural. Por eso nosotros decimos que el pueblo es rico ó pobre según que posee las cosas que son necesarias y útiles en abundancia ó está privado de ellas.

Nosotros no somos responsables de que el vocabulario de los economistas no tenga una palabra que refleje nuestro pensamiento, y si ellos han dado una noción metafísica y vaga de la riqueza, nosotros ofrecemos una noción positiva y bien definida de la palabra. Sus argumentos y objeciones, por lo tanto, no son más que sofismas que ni nos extravían ni nos alucinan, porque no hay motivo para que nos asuste el fantasma llamado diferencia entre la riqueza natural y la creada.

Nuestra segunda proposición no es más que el corolario de la primera y se origina de ella tan naturalmente como el tallo de la raíz, la hoja del tallo y la simiente de la flor ó de la fruta.

Nuestra proposición tercera, esto es, que la potencia productora de la sociedad es mayor que la consumidora, es una verdad que puede demostrarse matemáticamente, y prueba de una manera evidentísima que la pobreza no tiene razón de ser y que su existencia no es más que la evidencia misma del mal empleo de las fuerzas de que dispone la especie humana. La falta de una acción inteligente tiene su origen en el estrecho egoísmo de los hombres entre sí.

Por eso afirmamos que la abolición de la pobreza es una de las posibilidades indudables del porvenir, cuando la humanidad sea más civilizada.

Sabemos que la tercera proposición será rechazada, pero cualquiera que sea el calor de la discusión, la posibilidad de demostrar tal aserto nos corresponde, y lejos de rehuirla solicitamos la refutación y la polémica. Sentado que podemos decidirnos con seguridad y prontitud respecto á los medios de alcanzar nuestros ideales, sometemos á la consideración de todos los trabajadores lo siguiente: El problema que tenemos que resolver es el de la producción, del necesario aumento de las utilidades ó sea de la riqueza, y su equitativa distribución. La aglomeración de seres humanos sobre el planeta llamado Tierra, conocida aquélla bajo el nombre general de Sociedad, puede solamente existir en virtud de la manifestación constante de su actividad; sus innumerables variedades de manifestación tienden á un fin general y tienen un propósito general también, ó sea el de la producción, distribución y consumo de la riqueza. Esas manifestaciones de la actividad obran en virtud ó sobre cinco cosas, ó mejor dicho, se producen en cinco elementos, ó mejor aun, esos cinco elementos combinados dan origen á la producción, distribución y consumo posibles.

Estos cinco elementos son: 1.º Tierra.—2.º Trabajo.—3.º Capital.—4.º Cambio.—5.º Seguridad ó mutualidad.

Este aspecto de la cuestión es tan nuevo y puede parecer tan incorrecto que es necesario ampliar el aserto con una pequeña digresión, indefectiblemente breve, dejando ulteriores explicaciones para más oportuna ocasión.

Tratemos, pues, y en primer lugar de la tierra. Con esta palabra designamos nosotros la superficie del planeta, todo lo que en ella se cría como los minerales, etc., etc., hasta el centro del mismo, y lo que sobre él está desde el tallo de yerba hasta la atmósfera terrestre. Es indudable que sin esos elementos y sustancias que la naturaleza produce, el trabajo sería imposible: por esta razón la tierra constituye el primer elemento.

El trabajo es la expresión de las facultades inmanentes en el hombre. Se manifiesta de diversos modos, según consideremos al individuo, ya en su es-

tructura intelectual, ya en la moral, ya en la física; es el ejercicio de sus fuerzas sobre las materias primas producidas por la tierra ó la naturaleza, á las que da la propiedad ó cualidad de *utilidad*, de que la materia carecía antes de que el hombre la hubiese sometido al trabajo. Por esto el trabajo es, en el orden natural, el segundo elemento de la serie.

El capital es el resultado de la acción combinada de los dos anteriores elementos. Cuando un hombre ha producido más de lo necesario para su consumo inmediato, el residuo es lo que se llama capital, desde su forma más simple á la más compleja. El capital, es por consiguiente, en el desarrollo lógico de las cosas, el elemento tercero.

El cambio resulta de la diversidad de actitudes físicas é intelectuales del hombre y de la atracción que sentimos hacia determinadas clases de trabajo. Esta división del trabajo, resulta de que, produciendo un hombre más de lo que necesita de un determinado artículo y nada de los demás, adquiere éstos cambiando con el resto de los hombres, que á su vez se encuentran en iguales circunstancias. Así, pues, se produce el cambio por una combinación de los tres elementos anteriores y constituye naturalmente el cuarto.

La mutualidad es el elemento que garantiza al organismo social,—á cada individuo,—los beneficios del mantenimiento de su unidad dentro de la colectividad y que le asegura contra toda necesidad, pérdida ó catástrofe que pueda sobrevenir naturalmente, aunque de causas imprevistas é inesperadas. No parece, á primera vista, que sea éste un elemento importante, á causa del sentido estrecho que se da generalmente á las palabras *seguro* y *mutualismo*, pero nosotros no encontramos otras que puedan reflejar mejor nuestro pensamiento. Un ejemplo que voy á someter á la consideración de mis lectores pondrá en claro nuestro propósito y un segundo ejemplo lo hará aceptable.

Si en una comunidad de diez mil almas, un agricultor vé su cosecha completamente destruída por una tempestad de granizo y su hogar totalmente asolado por el rayo, la ruina y el hambre es su única esperanza. Si en esa comunidad el principio mutualista (de seguridad recíproca), es aplicado equitativamente y cada uno de los diez mil habitantes lo aceptan, cincuenta céntimos de peseta por individuo bastarían para reparar la pérdida y evitar aquella desgracia, suponiendo que el valor total de la casa y la cosecha fuera de 5,000 pesetas. De esta manera el infortunio quedaba eliminado en lo posible y el sufrimiento disminuído en gran parte para todos.

En un sentido más amplio, la sociedad necesita estar garantida contra los males y pérdidas ocasionadas por el crimen, resultado inevitable de la ignorancia y la concupiscencia. De aquí que creamos necesario que en las escuelas se dé á los niños una educación libre, profesional y técnica, á fin de hacerlos productores, preservando así á la sociedad de la plaga del parasitismo. Todo esto es seguridad, mutualismo. La protección á la marina contra los horrores de la tempestad, esto es, la construcción de puertos y refugios, es seguridad, es mutualismo. Por esto el mutualismo, que hoy no pasa del seguro privado, proviene de la acción combinada de los otros cuatro elementos y es, por tanto, el quinto.

Si, pues, esos cinco elementos se combinan en la producción, la distribución y el consumo ¿no es eminentemente justo y racional que cada uno de esos elementos tenga una parte equitativa de lo producido por su propia acción combinada? Si uno de esos elementos obtiene una porción injusta, si tiene más que el beneficio que le corresponde, entonces cualquiera de los demás ó todos ellos han de tener forzosamente pérdida en lo que equitativamente les pertenece. Es muy posible que en este hecho se halle el origen de todas las injusticias, recri-

minaciones y luchas que han afligido por tantos miles de años y aún afligen á la humanidad.

Procuraremos en lo sucesivo descubrir cuál es la medida justa, la parte que corresponde á cada uno de esos elementos.

Este capítulo es ya bastante extenso y concluyo.

No pretendo ser exacto, infalible. Emito mis ideas tal y como se me ocurren. Mi objeto es que se me corrija cuando me equivoque; aprender, no enseñar; ser mejorado por los que son más capaces que yo, y no se me oculta que hay muchos entre vosotros que pueden y deben hacerlo así. En todos los países que yo he visitado, y en donde quiera que abordé la cuestión económico-social, todos repiten las últimas palabras de Goethe: ¡*Luź, mds luź!*

MISCELÁNEA

El importante trabajo cuya publicación comenzamos hoy con el título *La Cuestión Social*, ha visto la luz en varios periódicos de Norte América primero y en folleto más tarde, produciendo vivísimo interés entre los trabajadores de aquella región.

Su autor, según dice en el prólogo, lo leyó hace algunos años ante numerosas corporaciones de trabajadores, proponiéndose demostrar la posibilidad y la necesidad de la abolición de la propiedad.

Uno de nuestros queridos colaboradores nos ha facilitado la traducción de aquel estudio, y al complacerle publicándolo, creemos cumplir dignamente con la misión especial de esta revista.

Aunque pudiéramos estar conformes en todo ó casi todo con el compañero Drury, le dejamos, no obstante, la responsabilidad de sus afirmaciones, porque en el curso de su trabajo se estudian bastantes puntos de economía política y sociología aun no bien determinados entre los que á esas dos ciencias se dedican.

Reciba el compañero Drury el testimonio de nuestra leal amistad á la par que nuestra felicitación por su bien meditado folleto.

Con el título de «Autores y Editores» ha publicado *El Globo* un artículo que entre otras cosas, dice lo siguiente:

«Debe haber un vicio económico y legal en la manera de producirse y publicarse las obras literarias, cuando se da el fenómeno de que el autor, el que ha creado, el que ha sacado diamantes arañando su entendimiento, hasta agotarle más ó menos pronto, según es más ó menos fecundo, viva en la miseria y vea á sus hijos cubiertos de andrajos, mientras el comerciante, el editor, el que pone á la venta aquel rico producto, se hace muchas veces millonario.»

Es verdad: existe el mismo vicio económico y legal que en las relaciones que median entre el trabajo y el capital. El trabajador gasta sus fuerzas, su inteligencia y su salud para que el capitalista se enriquezca, teniendo él que contentarse con vivir en la miseria y ver á sus hijos cubiertos de andrajos, mientras espera el momento de ir á morir á un hospital, caso que no caiga antes muerto de inanición á las puertas del palacio del mismo que le ha explotado.—Y seguimos copiando del artículo:

«No siendo el capital más que trabajo acumulado, dígame si hay igualdad entre el trabajo acumulado que representa el dinero que cuesta una edición, y el trabajo acumulado que representa una obra literaria al escritor: éste, significando mis vale menos; aquél, que importa menos, vale más.»

Lo mismo sucede con el trabajo. Este, que lo es todo, nada acumula; y el dinero, que sólo es un *medio de cambio*, lo acumula todo.—Y sigue diciendo el articulista:

«Además, el escritor vende hostigado por el afán de que su obra se publique y aumente para otra el prestigio de su reputación, y muchas veces acosado por la necesidad de pagar deudas contraídas en el periodo de elaboración del trabajo para emprender otro. Las condiciones para contratar, que aquí es sinónimo de luchar, no pueden ser más desiguales.»

¿Acaso son más iguales las condiciones en que para contratar se encuentra el obrero? Este obra siempre apremiado para satisfacer sus necesidades presentes: no puede decir: Las condiciones con que se me ofrece trabajo no me convienen; esperaré á mañana. El hambre no tiene espera y al obrero no le queda más libertad que la de escoger entre el jornal que le ofreció morir de miseria.

Como se ve, la situación del obrero de la inteligencia es absolutamente igual á la del obrero manual. ¿Por qué han de vivir, pues, divorciados? ¿Por qué aquél se ha de considerar superior á éste, y, en vez de tenderle la mano como á hermano, le desprecia? Por una razón muy sencilla: hállase viva aún la preocupación que apartaba del trabajo á los antiguos hidalgos. Además, cada literato, y principalmente cada periodista, aspira á ser *sujeto* y dejar de ser *objeto* en la explotación.

El Globo, que no ha tenido ningún reparo en imprimir los párrafos transcritos respecto á los literatos, á buen seguro que no los imprimiría sustituyendo las palabras *autores* y *editores* con estas otras: *trabajadores* y *capitalistas*.

Y no obstante la cuestión es en el fondo la misma. El día que los obreros de la inteligencia se convenciesen de ello, el día en que se aliasen con sus hermanos los obreros manuales, aquel día la cuestión social habría dado un gran paso hacia su solución.

Hállanse muy adelantados los trabajos para la creación del diario ácrata-colectivista *El Productor*. A fin de dar mayor impulso á estos trabajos recomendamos eficazmente á nuestros lectores la circular con dicho objeto publicada, y rogamos á nuestros amigos y compañeros que desplieguen la mayor actividad, tanto para la toma de títulos de suscripción reintegrable como para propagar la suscripción, constituyéndose, el que para ello se encuentre en disposición, en corresponsal administrativo.

BIBLIOGRAFIA

El Catolicismo y la Cuestión Social, examen crítico de los acuerdos del Congreso Católico de Lieja por C. G. M., editado por la Agrupación de Propaganda Socialista.—El propósito de demostrar la verdad y el vehemente deseo de persuadir al lector rápidamente, con urgencia, originan una literatura especial en que los razonamientos y los datos resplandecen con todos los caracteres de la evidencia. A este género pertenece el folleto que nos ocupa. En él se pone de manifiesto que todos los recursos empleados por las clases privilegiadas para atenuar los efectos de la defectuosa é injusta organización social son absolutamente ineficaces, resultando perfectamente comprobado que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los mismos trabajadores.» Excitamos á nuestros lectores á que adquieran este trabajo en la seguridad de que los datos que contiene sobre el lujo, casas para obreros y cooperación les facilitarán recursos para formar juicio exacto sobre la incapacidad burguesa y afirmar con energía las aspiraciones revolucionarias.

La Pecadora, por Adolfo Belot, del «Cosmos editorial.»—Propónese el autor emancipar del vicio á la mujer por la maternidad. Entiende por emancipación elevar á la que ha caído en general desprecio y ponerla á la altura convencional en que se cree existe la honra; como si dijéramos, nivelar á su héroe con la preocupación, la hipocresía y el convencionalismo dominantes. Como no creemos en la emancipación individual de una opresión, de una tiranía, de una preocupación, sino que para que todos se emancipen es necesario destruir la preocupación, la tiranía ó la opresión, y para obtener este resultado debe plantearse el problema, no damos gran importancia á esta obra. Nos cansa, además, el sentimentalismo tradicional con que poetas y literatos tratan la maternidad, sentimiento cuya valor positivo dista mucho del que le conceden sus aduladores. Cuando los productos de la observación y de la inteligencia ocupen el lugar que hoy ocupa la literatura imaginativa y no pueda un sentimiento falseado ofrecerse á la admiración de alucinados lectores, nadie creará seguramente que una prostituta madre, sólo por serlo, pueda emanciparse de la prostitución; sino que ese gran mal no existirá, porque la organización social no violentará las leyes naturales y la mujer será siempre libre y honrada.

Si esto no vale como juicio crítico de la obra de Belot, á lo menos sirve para exponer nuestra arraigada convicción sobre el asunto.

La Revolución Social, por F. Salas y Arriola.—Consignamos aquí el nombre de esta obra y el de su autor casi únicamente con la idea de acusar recibo; porque no creemos útil formar un juicio crítico del laberinto y confusión que reinan en este libro. Por otra parte, no nos explicamos como el autor en la dedicatoria puesta en el ejemplar que nos ha remitido, nos llama «distinguidos compañeros,» y luego desata contra los que profesan nuestras ideas el cúmulo de falsedades y calumnias que ha recorrido toda la prensa política, especialmente la republicana. No creemos que con ese sistema consiga ninguna cosa útil y digna el Sr. Salas y Arriola.

MOVIMIENTO SOCIAL

Toda tiranía se nos presenta en la historia con una justificación más ó menos falsa. Cuando la Iglesia oponía el Tribunal de la Fe á las manifestaciones del pensamiento y llevaba á la hoguera á los que incurrieran en sus censuras, partía de un principio bien determinado y concreto, obraba con perfecta lógica, ya que no con justicia. Existía la moral inmutable en el dogma religioso, la autoridad divina en el orden político; el libre examen era, pues, un crimen.

El dogma y la autoridad fueron, no obstante, desmoronándose; vino la revolución, y la burguesía, turba informe de egoístas, ha querido detener la marcha del progreso para crear en beneficio propio un orden social en que poder bien á su sabor suplantar á los antiguos poderosos y mantener en perpetua servidumbre á los productores. Los modernos explotadores de los pueblos tienen la libertad en la palabra, la tiranía en los labios; la sumisión es, pues, una indignidad.

Esa es la situación respectiva de la burguesía y del proletariado.

Los dueños del poder, los acaparadores de la riqueza producida, los detentadores de los medios de producir, los monopolizadores de la ciencia, gobiernan, legislan, tiranizan, disfrutan, desposeen... ¿en nombre de qué? Grande es el número de Constituciones que han elaborado en lo que va de siglo; carecen de derecho para invocar un principio entre el cúmulo de principios contradictorios que las informan.

Los trabajadores, los desposeídos de la riqueza que producen, los que carecen de participación en los medios que emplean para producir, los que se ven privados de los beneficios de la ciencia, comienzan á conocer su derecho, le afirman con energía y se niegan á someterse.

Entre las diferentes agrupaciones en que se dividen los explotadores del trabajador: tradicionalistas, liberales, demócratas, republicanos; todos, según dicen, deseosos de procurar el bienestar del pobre obrero, hay un lazo común, todos convienen en que el trabajo ha de efectuarse por el concurso de capitalistas y asalariados.

Los trabajadores todos van conviniendo ya, á pesar de las diversas escuelas socialistas que les dividen, en una cosa esencial: *la abolición del salario*.

Burgueses que predicáis la virtud, el ahorro, la cooperación, la actividad política, la democracia, el amor á la patria, la república, ¿nada hacéis para la abolición del salario y la inmediata toma posesión de todos del patrimonio universal? pues nada queremos de vosotros: idos con vuestra democracia, vuestra república, vuestros jurados mixtos, vuestra cooperación y vuestros interminables sofismas donde haya aún necios que os crean; no queremos ya de esa averiada mercancía.

Colectivistas, comunistas, ácratas, partidarios del Estado obrero, ¿queréis todos la abolición del salario? reconocéis que cuanto la naturaleza produce, así como cuanto acumuló el trabajo y el estudio de las pasadas generaciones, pertenece sin distinción á la generación presente? pues todos sois unos; desechad las diferencias que os separan, abandonad al que por necio tesón sostiene diferencias puramente nominales, y aunemos nuestras fuerzas para la gran obra de la desposesión de los detentadores de lo nuestro.

Ese es el verdadero carácter del moderno movimiento proletario.

Las uniones y federaciones de los Estados Unidos, de Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, Suiza, Italia, España, la inmensa mayoría del proletariado de las naciones civilizadas *no quiere ya trabajar á jornal*, reclama su parte en lo que es de todos por la naturaleza, por el trabajo acumulado y quiere la igualdad y la libertad, reconociendo como enemigos á cuantos en nombre de lo pasado, en nombre del falso orden presente ó invocando un ilusorio porvenir tratan de desviarle de estos propósitos.

Bajo la inspiración de estas ideas y aprovechando las lecciones de la experiencia, trátase de reorganizar la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, y actualmente muchos ilustrados trabajadores franceses trabajan activamente por esta idea, preparando una gran cohesión universal de pensamientos, de voluntades y de acción, libre de toda ingerencia autoritaria, que promete días de gloria para el proletariado.

Ante tan laudables propósitos nuestro sentimiento se abre á la esperanza.

Otra vez se agita aquel coloso que puso en conmoción á la burguesía de todas las naciones, que tanto dió que hacer á los gobiernos y á la diplomacia, y que fué ocasión de que la prensa burguesa agotase el vocabulario de la adulación hacia sus señores y el de la calumnia contra los trabajadores.

La Internacional sin dictadura, sin personalismos, sin política, verdaderamente cosmopolita, significa el término de todo gobierno, de toda iglesia, de todo monopolio y la constitución de la patria universal del trabajo, de la libertad y de la igualdad.—L

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Enero de 1887

Año II N.º 13

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

Á NUESTROS LECTORES

HEMOS entrado en el segundo año de nuestra publicación, y, podemos afirmar con toda certidumbre, ACRACIA tiene su existencia perfectamente asegurada.

Al recordar nuestras vacilaciones y dudas del año anterior, respecto de la magnitud de la empresa y de nuestros medios morales y materiales de llevarla adelante, comparándolas con el brillante resultado obtenido, sentimos vivísima satisfacción, y queremos manifestarla á nuestros constantes favorecedores al propio tiempo que nuestra gratitud. Hacemos partícipes de estos sentimientos á toda la prensa obrera, que, con las repetidas muestras de cariño y simpatía que nos ha tributado, ha confirmado la bondad de nuestros propósitos y ha recompensado con exceso la pequeñez de nuestros merecimientos.

Poseídos de vivificante entusiasmo, por la firmeza de nuestras convicciones y por la fraternal solidaridad de cuantos compañeros participan de nuestras ideas y sentimientos, sacrificaremos con gusto las horas que nos deja libres el taller y la explotación, y las dedicaremos al estudio, á fin de corresponder dignamente á las distinciones de que hemos sido objeto y de acercar, por la convicción de la mayoría de los trabajadores, el término de las injusticias de la sociedad presente.

Hoy, como en nuestro primer número, repetimos:

«Nuestra misión es de paz. Venimos á exponer doctrinas, á juzgar sistemas y opiniones y á dar cuenta de los progresos de carácter social que se vayan efectuando sin exclusivismo ni preocupación de escuela aunque con el propósito de no caer en enervante eclecticismo; nos proponemos encauzar las corrientes populares al objeto de que socialismo y sociología converjan en un mismo punto; es decir, queremos que la masa revolucionaria que protesta contra el actual régimen social, y en tiempo de paz sufre la explotación capitalista y en tiempo de guerra el fuego y la deportación, sea, á la par que activa, consciente, y pueda confundir á sus enemigos por la exposición de sus principios, la lógica de sus convicciones y lo incontrastable de su fuerza.

»Queremos ilustrado al socialismo militante, y para lograrlo trataremos de romper la clausura que sufre la ciencia en el gabinete del sabio y llevarla al taller, donde si en otro tiempo pudo haber inteligencias atrofiadas que sólo se alimentaban de fanatismo y superstición, hoy las hay en gran número despreocupadas y ávidas de conocer la verdad.

»Es preciso que la sociología, ciencia que por la grandeza y utilidad de su objeto domina á todas, se universalice, y sólo por este medio desaparecerán todos los obstáculos que la ignorancia opone al progreso social.»